

## SEXO SAGRADO

Dos animales tienen lo que los humanos llamamos sexo, pero es reproducción de la especie. Esto se da solamente cuando la hembra está biológicamente receptiva. La escena es previsible y casi cronometrable.

Dos seres humanos se encuentran para tener sexo. Ya se conocen por lo que algunas limitaciones se obvian. Ambos saben de qué se trata, de qué se trata el placer, de qué se tratan los juegos y saben que hay mucho más.

Cada uno con su nombre y apellido y su número de documento. Ambos humanos, por tanto, sabedores de que la finitud es su característica. Nada dura para siempre. Y ambos humanos saben que la experiencia sexual también tiene un final. Pero siempre sueñan con eternizar a ambos.

Con más o menos apuro, con más o menos paciencia, comienzan a desvestirse mutuamente, o cada uno deja en el abandono momentáneo el disfraz de calle.

La atracción existe o no. Por lo real mirado o por lo virtual imaginado. Los campos se mezclan. Las prácticas, técnicas, personalidades y estilos también.

En un momento los cuerpos se complementan. Los juegos y posiciones varían tanto como la calidad de los orgasmos, si los hay. Las razones de las diferencias, son como siempre, múltiples. El tiempo de su duración, si bien es previsible para la ciencia, también varían según las culturas y el intercambio afectivo que se dé, el apuro y otras tantas razones.

Luego de la complementación pueden intercambiar caricias y hasta buscan infructuosamente, prolongar la complementariedad perdida a través del contacto con la piel del otro. Pero ya no es lo mismo.

Finalmente, cada uno de las partes recoge su disfraz de calle y se viste. Ninguna de las dos partes intenta vestir al otro. Es que después del "un solo cuerpo" como suelen llamarlo, cada uno vuelve a su propio cuerpo y por ello, en algún momento, hay que vestirlo.

Los tiempos son variables por múltiples razones. Cuántas más variables aparezcan después de la complementariedad, más rápida es la vuelta al propio cuerpo, al nombre y apellido y al número de documento.

Se producen silenciosas evaluaciones. Se compara lo recientemente vivido con experiencias anteriores y con las deseadas por las expectativas previas.

Usando terminología de Bataille diríamos que los dos seres discontinuos violentan su discontinuidad para, con la violencia de los cuerpos, convertirse por un momento, en seres continuos. Volver al propio cuerpo, es el retorno a la discontinuidad del ser.

La muerte ronda a su alrededor. Matar la discontinuidad es casi un acto sagrado, aunque no religioso. Por eso se realiza entre cuatro paredes y sin testigos oculares. Se lo protege para que no sea profanado, no sólo por la posible vergüenza de la desnudez.

Si no se mata la discontinuidad, el sexo es animal o pornográfico: permite la presencia de testigos oculares. Y si no mata la discontinuidad, nada tiene de sagrado y no hay triunfo momentáneo sobre la muerte.

Los seres humanos sacralizan lo que necesitan: objetos actuales, objetos antiguos, animales, momentos, un espacio dentro de otro espacio, personajes imaginarios, partes del cuerpo. Y al hacerlo lo cambian de categoría. Le agregan significados y valoraciones. Algunas experiencias sexuales, sufren este cambio de categoría. La citada complementariedad, parece condición de necesidad para la conversión.

A la complementariedad, la llamaron "erotismo de los cuerpos", pero son sólo momentos.

Sensaciones, gritos, apelaciones, pedidos, sensaciones que se intercambian, adivinaciones, ponerse en el lugar del otro; que forman parte de la complementariedad sagrada o mágica que libra al ser humano, por momentos, de su ser para la muerte.

Raul G. Koffman

Junio de 2020